V

Unos agiliviosos otras fatiguillas

Velatacuses tembleques y moqueando

Que le iba a pelar con su gualaichada

Trequi trequi

Jugando pollita ramada

Mas prendida que broquelona en verija de mula

Se iban a quedar bizcos

Miradas tababeses

Turulatas

Pachorriento

¡Oí! ¡Veleta!

Poqui contra el suelo Cachazudo

Mentecato 'e porra ¡Oí jau!

ECOS DE MI TIERRA

DE VUELTA AL PUEBLO

Capitulo I: El Mainkirú

Era la hora del café de la siesta. Toda la familia, sentada en torno a la larga mesa que habían acomodado en la punilla, comía en silencio las rosquitas de maíz, los riquísimos "pandearroces" y los quiñoeses que había preparado Martina para deleitar a sus patrones con un frugal y aromático "café majcau" antes de que regresaran pal pueblo.

Recostado sobre un enorme cuero curtido de caimán, que servía de hamaca, estaba Palachay, gimiendo adolorido cada vez que su hija Rosaura, compungida y acongojada, le frotaba un cuchillo sobre la enorme bolota que se le había formado en la frente.

Sentado en el listón de la punilla, a la cabecera del cuero de caimán, el carretero miraba embobado a la hermosa y afligida muchacha, que musitaba una plegaria pidiendo por la salud de su padre.

-¡Ché, Perucho! cerra la boca que ya te estas babeando - Se burlo la gordinflona Sinforosa - Si ya te la vas a comer con los ojos a la pobre Rosaura, ¡Atatau! ¡No! ¡Otra vej esos retorcijones! ¡Campo y anchura, pa que pase la gordura! - Gritó mientras salía corriendo desesperada rumbeando pal monte. Mientras corría pidió quejumbrosa: ¡Charito! Tráeme unos cuantoj marloj ¡pa'que me limpie!

-Eso te pasa por gollorienta y angurrienta - Se burlo Don Guillermo - Ese montón de tureres semilla y todo.

-Pobrecita –Se lamentó Dolores – La pobre ejtá que no ata calzón.

-A ver si no nos retrasa el viaje con ese mal de pato - Dijo Guillermo.

-No se preocupe patrón. Aurita le preparo un te de vira vira negra pa cortarle la banderita a la patrona - Calmó Martina.

-¡Ay! ¡Qué alivio! — Expresó Palachay dando un fuerte suspiro y renegó ¡Chivo 'e porra! Por poco me parte el mate.

-¿Ya esta mejor, don Palachay? - Preguntó Perucho, levantando de un brinco y acercándose al aporreado flautero. Aquí le tengo un emplasto de aceite de peji con hoja de macororó, que dicen que ej güena para las hinchazones y los moretones.

-El carretero hizo ademán de poner la cataplasma sobre el enorme chichón, pero Palachay lo corto:

-¡Huera flete! ¡Pará el carro y quítame las manos de encima! ¿Qué te haj creído, já? ¡Ni que fueras mi hijo! ¡Faltaba maj!

-¡Pero quero sejlo, puej Don Palachay!

-¿Qué? Yo solo tengo una hija, y esa hija es mi Rosaura, aquí presente.

-Precisamente por ella que quero ser su hijo puej Don Palachay.

-¡Eeepale! ¡No seaj osau, ché! - Vociferó el flautero - Confianzudo y atrevido el hombre. ¿No?

-No me malinterprete Don Palachay - Se defendió el carretero - yo a Chaurita la quero a la buena y por eso ejtaba ejperando que Ujté se aliviane pa pedírsela en Mainkirú.

-Elay con el arrijcau ejte. Se me disparó como mula con la cincha en la verija -¿así que querej hacer Mainkirú con mi hija? - Pregunto socarrón.

-Ni modo que sea con Ujté, puej, Don Palachay - Socarroneó también el carretero enamorau.

Toda patuleca y resollando a mas no poder

¡Miango!

Parece que voy a ejcupir loj bofej...

Pequipepequi

Se le chorreó el pensamiento

¡Jajay! ¡Qué más te tira el cuerpo!

Respingo la mujer

Baño con tutuma en la gabeta

IV

¿Ande ejtan las peladaj?

Me tiene con pendiente ejta mocosa

No se los aigan ejcabechau los clinudoj

Le retrucó

¡Soplequi ' el cuerno!

Ya me va a desocar

Me metí de sopetón

Chori Futre

III

Berridos y pataleadas

¡Aguelita se desgracio!

Buscar el tirirú de debajo del catre

Le parto el tari con el jometoto

Se le van a ejcapar las ideas por el cu....

Puej ché

Susuruqui se va pal monte

Oliendo a sobaco y pezuña

Va siendo hora de rumbear pal pueblo

Tengo los bueyes enyubauj al carretón

Velar que se despavile mi suegro

El alboroto de los clinudos.

¡Miechica!

Me estoy maliceando.

Levantando polvoreda

Haciendo chispear las tabas

Como rejucilo derechingo a zambullirse

-¡Auringa en lugar de Mainkirú te vas a ganar pa tu flaj por malcriau! -Vociferó el músico, incorporándose bruscamente, lo que le ocasionó un tremendo vahído - ¡Atatau! ¡mi cabeza! - Se quejó llevándose ambas manos a las sienes.

-¡Juj! ¡Pa qué Ujté mijmo, puej! - Reprochó Perucho - En lugar de ejtar con su rabieta porque no acepta mi propuejta 'e Mainkirú con su hija.

-¿Y que tenes puej voj para hacer Mainkirú con Rosaura, já? ¿Acaso me vas a dar tu colepeji carretero o la coyunda de los bueyes? – Rezongó Palachay.

-Ya le salió lo "pedigüeño" ¿Qué no tengo nada? Ya va a ver, ya va a ver. ¡Patrón! -Llamó el joven dirigiéndose a Guillermo - ¿Será que me puede dar Ujté un novillo, a cuenta 'e mi sueldo pa que pueda hacer Mainkirú con Rosaura?

-¡A ver! ¡A ver! ¡Resollá un poco y barájamela mas despacio pa que te entienda! - Pidió sonriente el patrón - ¿Qué es eso de Mainkirú por un novillo?

-Ej el costumbre que tenemos los del campo. - Intervino Martina, que no se había perdido detalle del parloteo entre Perucho y Palachay - A ver si me ejplico o sí me dejo entender: cuando un hombre se interesa en una pelada pa que sea su mujer y madre de suj hijos, va y se la pide al padre de la chica y le ofrece un buen animal, un caballo, una vaca o un burro a cambio de su hija, y sí no tiene nada de eso, le ofrece un año de trabajo en el chaco de su suegro. Si el hombre le acepta el regalo, se hace una fiestita pa que toda la comunidá sepa que ya son pareja o marido y mujer y loj rejpeten como matrimonio.

-Y pa eso quero puej el novillo, pa dárselo a Don Palachay pa que me la de a Rosaura en Mainkirú – Añadió Perucho.

-Bueno. ¿Y Rosaura que dice a todo esto? - Quiso saber el patrón.

-Ella no toca pito en este entierro - Aclaró Martina - El caso es qué su carretero ya le echo el ojo y se la pidió a Palachay, ¡Ahora ejta en manos de él, responder

-¿Y que dice usté, amigo Palachay?, ¿Está de acuerdo con el Mainkirú de los muchachos? – Preguntó el patrón.

-Puej –Ya él la pidió ahora tiene que responder como hombre. Ahora que si usted no le da el novillo se va a tener que quedar a trabajar pa mi un año, y recién dispuej se la entrego a mi Chaura - Aclaro el flautero - ¡Ah! y la fiesta corre por su cuenta también añadió.

-Eso si que no - Respingó Guillermo, ni año de trabajo ni fiesta. ¡Tamoj frejcos! Yo le regalo un caballo y una yegua pa que usté y su hija nos acompañen al pueblo y allá en mi casa les regalo la fiesta pal Mainkirú con churrasco, trago, banda y todo. ¿De acuerdo?

-Puej le tomo la palabra Don Guillermo.

-Rosaura, andá prepara tu sapicuá pa que te vaj con tu marido en el carro, que en el caballo y la yegua que dan por voj, nos vamos tu madre y yo.

-¡Como Ujté diga, papá! – Asintió la muchacha.



II

Donde orinan las viejas

Urgida por la lipiria

Me jala las pechinas

Por si aca....

¡Maj mejor que noj hagamoj chinga! Gordinflona mofletuda y plequecó

No puej, ya me dejó busu busu

Timish

Podería asegurarlo



CONTENIDO COSTUMBRISTA

EN VOCABULARIO Y FRASEOLOGÍA

I



Quiñoeses

Atatau

Café majcau

No ata calzón

Mal de pato

Banderita

Parte el mate

No seaj osau

¡Huera flete! ¡Paró el carro.....!

¡Epale! ¡No seaj osau, ché!

Mainkirú

¡Elay con el arrijcau ejte!

Te vas a ganar pa' tu flaj

Tamoj frejcoj

Barájamela maj dejpacio

No toca pito en ejte entierro

Prepara tu sapicuá

CAPITULO II

EL TUFO

¡Charitooo.....!

El fuerte grito venia del pajonal de donde orinan las viejas a donde había corrido Sinforosa, urgida por la lipiria.

¡Oí boquiabierta! –La reprendía la filistriqui Dolores. – ¡Te olvidajte de llevarle loj marloj que te pidió tu ágüela!

-¡Miango! ¡Ahora es cuando me jala las pechinas! – Respingó la chica –Elay lo que me pasa por estar ejcuchando eso del “Mainkirú”.

-Ya, cállate jau, y lleva ese jasayé con marloj, que esta colgau en el perchel, llevalos todos, por si aca

-Ya la.....

-Si la.....

-Gueno puej usté saberá ya que ej su hija – Comentó Charo mientras cogía el jasayé para llevarle los "higiénicos" a la agüela Sinfo, que afligida reclamo:

-Ya era hora che. Un pelingo mas y salgo corriendo de aquí con los calzones en las canillas.

-¡Bah! ¿Y eso porqué, agüe? ¡fucha! - Protestó la chica, llevándose los dedos para taparse la nariz – ¡Si parece que usté comió sucha podrido!

-¡Jajay! ¡Te pelaste! El turere no huele así. Esa hedentina viene de la arboleda y mas mejor que noj hagamoj chinga que tengo el palpito que nos ejta acechando un tigre. ¡Mira! ¡Ahí se movió un gajo! ¡Pelemos de aquí de una vej!

-Y del dicho al hecho, mas tardo en hacer la recomendación que en salir corriendo la gordinflona mofletuda y plequecó. Charito, al ver correr a su abuela tan desesperadamente, gritó:

-No puej, agüelita, ya me dejó busu busu ¡espéreme! ¡no deje que me coma el tigre!

-¡Toño! ¡Rene! ¡Perucho! – Llamo Don Guillermo –Traigan las escopetas que parece que algo ejtá persiguiendo a esas mujeres que se han desbocau como alma que lleva el diablo.

-¡Maj mejor dentremoj todos a la casa, que la casa no ejtá pa quedarse afuera ¡vamos! ¡Corran maj rápido y escóndanse en la dormida! –Recomendó Palachay dándole un rempujón a su hija pa que entrara a la casa, mientras agarraba la tranca para asegurar la puerta ni bien nieta y abuela se hallaran a buen recaudo.

-Cuando toda la gente estuvo en el interior de la casa, quiso saber la flacuchenta Sinforosa:

-¿Qué pasó mamá? ¿Quién las perseguía? –No, sé, hija ¡Lo único que pude ver fue como se movían los gajos y un tufo requete hediondo nos pateaba las narices! ¡A mi se me antojó que era un tigre! – Respondió la gorda.

-Por la hediondera, más parece una manada de pintaus – Dijo Perucho.

-Escucha como resoplan y relinchan los caballos. Y la hedentina parece más a salvajes que a timish –Aseveró el flautero.

-¿Ujté cree que loj barbaron ejtan cercando la ejtancia pa atacarnoj? - Preguntó muy serio Vicente.

En una hamaca, Charito y Toño no paraban en sus arrumacos y besuqueos entremezclados con tenues susurros y sonrisas de felicidad, en una mescolanza de pena y alegría por lo sucedido.

Poco más allá, René cobijaba en su falda a la muchachita filistriqui que había arriesgado su vida para salvarlo de una muerte horrenda a manos del salvaje "El Futre". El, sentado en la hamaca, con los pies colgando, ella tendida cuan larga era en la hamaca con el torso recostado en la falda de su amado.

René, con cariño infinito, le acariciaba la negra y larga cabellera y de vez en cuando le besaba la frente o la mejilla.

Las mujeres se hacían las de la vista gorda. Nadie quería romper ese embrujo de amor que había sobrevenido al terror y a las angustias anteriores. Sin embargo, Martina no se pudo contener y codeando suavemente la panza plequecó de Sinforosa susurro.

-¡Oiga doña Sinfo! ¡Dígame si el de esos serevoces no es un amor bárbaro!

¡Qué bárbaro amor! Diría yo - Enfatizó la gorda.



Charito llena de raspaduras en los codos y las rodillas, había roto el volao de su vestido para improvisar una venda y cubrir la herida de Toño. Sollozando, entre medrosa y agradecida, besuqueaba a su pololo sorbiendo la miel del amor y el salao de las lágrimas.

René, hablaba cariñosamente a Manuela, mientras, con ambas manos presionaba la teta herida por la lanza.

Sinforosa rompió un justan para hacer mas vendas y, a la luz de las linternas le puso una cataplasma de jitabaí con manteca de peta, tracayá y recina tibia de tizones verdes que había conseguido de la fogata que prendieron una vez libres de la amenaza de los bárbaros.

Coloco esa cataplasma sobre el tajo producido por la lanza que se había incrustado por debajo de la teta y rozando los huesos de las costillas. Herida dolorosa pero no peligrosa. Luego, a modo de gasa, un jirón de trapo limpio y encima de él un algodón empapau en zumo de cebolla y un pañito remojau con agua tibia de cupesi con yerba buena y encima de todo la faja del justan para vendar pecho y espalda para presionar la herida y evitar un desangre posible.

Ejto ej pa que la herida no se agusane - Comentó la gordinflona, orgullosa y engreída de su curación - Por suerte siempre cargo con todos esos "menjungej", que uno nunca sabe de que se va a enfermar.

Aprovecharon la fogata para poner el tacho y preparar un aromático café que todos tomaron con mucho gusto.

Perucho había recogido los bueyes que los bárbaros espantaron hacia shoema.

Los muchachos dormían dentro del carro. De los gajos del penoco, el toborochi, el cupesi y el pesoé que habían crecido en la pedregosa loma de Pomiziña, los mayores habían amarrado sus hamacas, principalmente para descanso y comodidad de los heridos. La fogata al centro les brindaba un agradable calorcito ya que una fresca brisa llegaba de la pampa.

-Por el tufo a sudor de caballo, aceite 'e cusi y grasa 'e peji, poderia asegurarlo. Lo que sí, no es, ej tigre, el pintau no ej tan hediondo como el tufo que trae el aire - Dijo Palachay.



CAPITULO III

RUMBEANDO PAL PUEBLO

-Parece que ya se calmaron los caballos. Ya no ejcucho sus bufidos ni suj relinchoj – comentó en voz baja Don Guillermo.

-Y el tufo que trae el viento ya no es tan.....

-¡Jiih! ¡Ay! ¡Ay! ¡Están aquí! ¡Están aquí!

-Los chillidos cortaron las cavilaciones de Palachay. Todos pegaron tremendo salto de susto ante los berridos y pataleadas que pegaba la esquelética Dolores, que continuaba gritando, mientras la mofletuda Sinforosa parecía sufrir un ataque de nervios que la hacia menear las piernas y los descomunales glúteos, cual si estuviera bailando o aguantando las ganas de ir al baño.

-¡Los barbaros están adentro! ¡Los huelo cerquinga!

-¡Ya mamá déjese de macanas y venga a esconderse que la hediondera sale de donde ejta Ujté.

-¡Pucha! - Exclamó Charito frunciendo el ceño debido al mal olor - Si hajta pareciera que hay un bárbaro escondido detraj de Ujté, agüe.....¡Miango! ¡Que bárbaros! ¡Ej una barbaridá! ¡Mami! ¡Aguelita Sinfo se desgració!

-¿Qué? ¡Caramba mamá! ¿Qué no podía ir a buscar el tirirú debajo del catre en lugar de hacer esa cochinera?

-¡Arajo, che! ¡Ya se curseó de miedo, la gorda esta! - Se burló Guillermo de su suegra.

Para no herir a la chica que corcoveaba, sopapeaba y se desgañitaba la garganta pidiendo auxilio, Toño dejo caer la escopeta y de un salto hizo caer de bruces al salvaje y a su preciosa carga. Charito rodó cuesta abajo entre tanto Toño y "El Futre", que no era otro el raptor, se trenzaban en un feroz chichisco, patadas, mordiscos y puñetes.

Otro salvaje salió en ayuda del caciquejo blandiendo una lanza de chonta y la clavó en el muslo de la pierna derecha de Toño, que presa de dolor soltó a su contrincante.

Al ver eso, René, que estaba atento a lo que sucedía apuntó a la cabeza del nuevo atacante. Un fogonazo en la noche y una lluvia de perdigones rompieron una vida. El Futre recogió la lanza de su guerrero muerto y se abalanzó contra René, que mal parado cuando pego el escopetazo, había caído de espaldas al suelo por la patada del arma.

El indio alargó ferozmente los brazos y pego tremendo sunchón. La punta de chonta de la lanza atravesó carne fresca y un alarido de mujer herida volvió a tronar en el Pomiziña.

Era Manuela, quien, al ver el peligro que corría René, había salido de su escondite y se había abalanzado de espalda sobre el cuerpo del caído e indefenso muchacho, recibiendo el lanzazo en el pecho derecho. En ese instante Palachay llegaba a la cima y viendo lo que sucedía, disparo casi a quema ropa contra el futre, abriéndole tremendo boquete en la panza.

Cayó el indio hecho un ovillo, pegó un feroz alarido y no fue más. Ahí estiró la pata, encogido, con la cabeza entre las rodillas y las manos tratando de evitar que se le salieran las tripas.

Luego, nada más. Silencio. Como dicen: "Muerto el perro, se acabó la rabia". Muerto su jefe, los salvajes huyeron monte adentro, para tranquilidad de los viajeros.

de un toborochi y Toño, detrás de un penoco de tronco en palca, usaba la palca como mampuesto de su escopeta, vigilantes hacia el bajío del riachuelo Pomiziña.

A sus espaldas el carretón donde se apeñuscaban las mujeres y los niños.

La pampa se iluminó con los claros rayos de la luna que se alzaba esplendorosa sobre la campiña. Los salvajes asusaban a los bueyes loma abajo, pero una vez llegados a la pampa dejaron libres a los animales y se hicieron chinga por entre el alto pajonal.

Sus perseguidores, rifle en mano, frenaron la carrera al darse cuenta de que a los - bárbaros no les interesaban los bueyes.

¡Esperen, tenemos que volver ande ejtán las mujeres!, nos las hicieron como a opas y caímos en su treta, no vinieron por los bueyes, ejtos dejgraciaus andan traj de las mujeres....

No terminó de hablar Don Guillermo cuando fue interrumpido por un desgarrador grito de espanto que provenía de la cima.

Quien había proferido el terrible alarido había sido Charito, al sentir que unas manos callosas la aferraban de los tobillos y la jaloneaban de debajo del carro. Los alaridos de la muchacha contagiaron a las otras mujeres que no menos despavoridas, berreaban a mas no poder.

Vicente, Palachay y Guillermo, presas de desesperación, acudían a socorrer a sus familiares.

René y Toño aguzaban la vista para columbrar a algún enemigo.

Un indio de saco y sombrero había alzado sobre sus hombros a Charito y corría con intenciones de desaparecer por la espesura del monte. En su carrera paso muy cerca de donde estaba Toño, detrás del penoco.

-¡Al primero que se burle le parto el tari con el jometoto - Amenazó furiosa la mujer --ya quisiera verloj a ujtedes rodeaus de barbaros y con una cursalera como la que yo tengo, a ver si no se le van a ejcapar las ideas por el ceucu.

-¡Güeno, ya cálmense y dijculpeme le pidió su yerno conciliador - Ahora maj bien, ande pal sapocó a bañarse con jabón de lejía, pa que se le quite la hediondera!

-Puej ché que voy a ir pal río. Lo que voj querej ej que me lleven los barbaros, ¿no? - Respingó Sinfo.

-¡Qué va! ¡Si es que todavía queda alguno ahí afuera!, traj que la huelan a Ujté

-Sururuqui, se va pal monte -Se burló el estanciero -Mas bien vayan todas las mujeres al río pa que no ejten oliendo a sobaco y pezuña, mientras Ujté se lava las asentaderas. Y vos, Perucho, andá alistando el carro que ya va siendo hora de rumbear pal pueblo.

-Si ya tengo a los bueyes enyumbaus al carretón - Dijo Perucho - Mientraj ujtedej tomaban el café yo alijtaba la carga y los bueyes. Dispuej me vine a velar que se despabile mi suegro pa pedirla a Chaura en Mainkirú y dispuej ya fue el alboroto de los clinudos.

¡Miechica! Andá fíjate si los bárbaros no se robaron los víveres del carro - Pidió el patrón.

- Al tiro, patrón -En menos de un santiamén volvió Perucho diciendo -¡Ejta todo como lo acomodé no se llevaron nada.
- Eso si que esta raro -Comentó Guillermo -Por lo general cuando los bárbaros se acercan tanto a una ejtancia, lo hacen pa robar comida y herramientas.
- ¡Esto me huele feo! -Dijo Palachay.
- ¿Otra vej? -Gritó Toño -Entonces las mujerej ejtán en peligro.
- ¡Ej lo que me estoy maliceando -Pensó en voz alta el flautero
- Si los mechudos dejpreciaron un carro tirau por dos yuntas de bueyes y cargadingo de víveres, quere decir que ya le echaron el ojo a las mujeres.

- ¡A la miércole! ¡Y yo que las dejpaché pal río! Rápido. Agarren las ejcopetas y salgamos a pegar unoj cuantoj tiroj al aire pa ejpantar a los salvajes y pa que las mujeres se apuren a regresar a la casa -Pidió desesperado el patrón.
- Cuatro escopetazos atronaron en el aire levantando nubes de garzas, cotorras, totaquis, leque leques y tuticuanti pajarillos anidaban en la arboleda, ni que decir de las agilibiosas mujeres que llegaron levantando polvareda y haciendo chijpear las tabas.
- Lo que fue la flacuchenta Dolores fue la primera en llegar. No hubo quien la ataje. Paso como rejucilo derechingo a zambullir se dentro del portabalayo pa ponerse fuera de la vista de los bárbaros, si es que habían retornan al rancho.
- Detrás de ella llegó Martina y se metió en la enorme tina de barro que recibía agua de gotera en tiempo de lluvia.
- Poco más atrás venían Charito y Rosaura, quienes animaban a gritos a la gorda que, toda patuleca y resollando a más no poder, corría desenfrenada con el Jesús en la boca, con alas en las patas y con el alma en vilo.
- ¡No se alarmen tanto que los disparos eran para alertarlas no maj! -Gritó Guillermo.
- ¡Entonces pegue otro tiro que los bárbaros nos están persiguien do, si ya los huelo detrás de mí -Gritó a su vez Charito, al tiempo de llegar junto a Toño y refugiándose detrás de el mientras animaba -¡Corra! ¡Corra agüelita! ¡ya le falta poco pa llegar a güen cobijo!
- Al escuchar los gritos de Charo, los hombres se agazaparon apuntando alerta las escopetas hacia el sendero por donde llega ba brincando a grandes zancos la aterrada Sinforosa.
- No tardo mucho en llegar al alero de la punilla en donde la exhausta mujer exclamo:
- ¡Miango! ¡Si parece que voy a escupir los bofes por la boca! ¿Ya llegaron todas? ¿Por qué fueron esos ejcopetazos? ¿Ande ejtan los bárbaros? -Saltó en una pequi pepequi interminable de preguntas.

Un chirrido de grillos rompió el áspero silencio del momento, secundado por un ahogado sollozo escapado de una garganta femenina a la que ahogaban las lagrimas de un pánico que la aturdía.

De pronto, los cuadrúpedos resollaron inquietos y se movieron fatigados hacia el bajío de shoema, la pampa de pajonal y chaáco por donde empezaba a columbrarse la luna llena.

Un grotesto y angustioso sollozo y un gemido lastimero volvió a escucharse y una voz infantil que pedía:

¡Ya puej, aguelita! Con su berrinche va a hacer que nos pillen los barbaroj, aguántese y deje de moquear como peladinga.

-Cállate, Tita y dejá tranquila a tu agüela –Susurró Guillermo. –No hagan bulla que parece que los bárbaros nos ejtán merodeando. Cobíjense bien y chitón.

La luna vació la plata de su disco redondo sobre el paisaje iluminado claramente arboleda, pampa, loma, monte tupido, contorneando su luz en las copas frondosas y silueteando de negrura los gruesos troncos de los cuchis, curupauses, tajibos, momaquis y verdolagas.

Un desgarrador grito sobresalto a los viajeros.

¡Se ejtán robando los gueyes! ¡Por allá van! – El que vociferaba así espantado era el carretero.

¡Miango, nos madrugaron! –Renegó el patrón. –Tenemos que recuperarlos. Pero afinen bien la puntería, no vayan a matar a los bueyes en lugar de los salvajes.-Recomendó.

Vicente, Palachay, Perucho y Guillermo fueron tras los ladrones. Rene y Toño quedaron cuidando a las mujeres. René, cubriéndose las espaldas con el tronco

CAPITULO VI

POMIZIÑA

No vayan a desensillar sus "monturas" —Pidió Guillermo. —Vos Perucho, maneá bien los güeyes y no les quités el yubo, pa que no se alejen. Las peladitas acomódense a dormir dentro del carro y las mayores acurrúquense debajo, pa que las ruedas las protejan.

-Papá ¿puedo encender el fuego pa preparar un locro de gueso seco? — Preguntó Manuela.

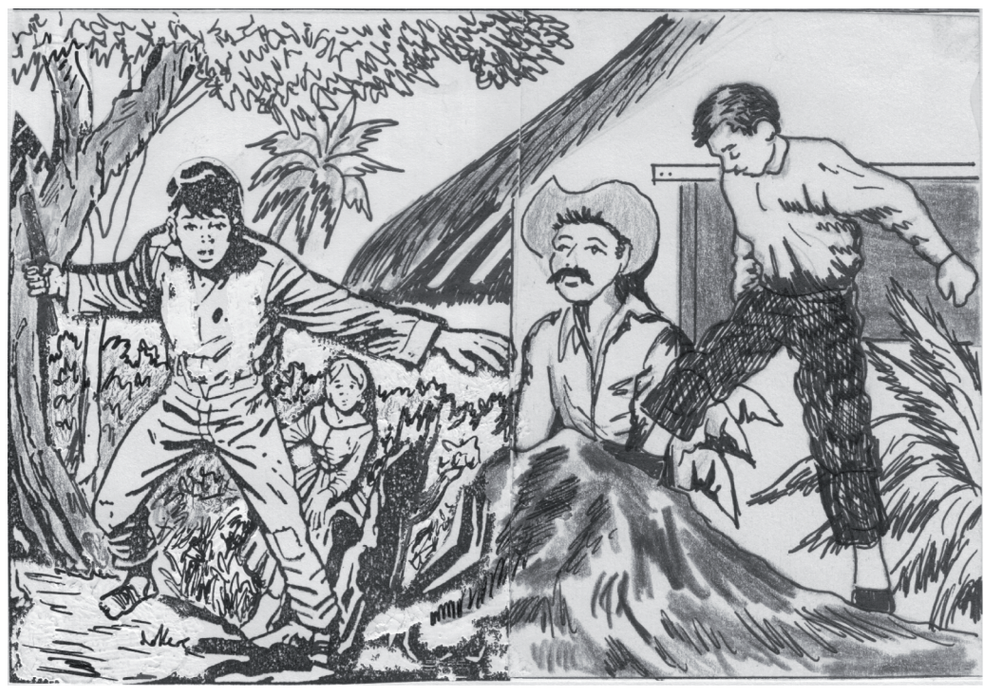
¡Como se antoja, puej, m'ija! De ninguna manera —Replicó Vicente —Cuanti maj prepara un guarapo con miel de caña y sacá el tapeque del sapicuá. Esta noche todo el mundo come pasoca.

Bien pensau, Vicente —Concordó Palachay —Mas vale prevenir que lamentar. Si encendemos fogata puede atraer a los clinudos. Pero tengan a mano suj linternas y fíjense que tengan guenas pilas.

Jamás como en ese momento había reinado tanto silencio en la loma de Pomiziña tal parecía que la soledad se había apoderau de la noche a pesar de tanta gente que se había cobijau en su protectora cima. Abajo la pampa con sus raquiticos y retorcidos chaácos. Arriba un terreno pedregoso de riabé con pequeñas manchas de grama negra que rumiaban los bueyes y mordisqueaban los caballos, mulas y burros. Unos pocos árboles corpulentos, altos y frondosos daban sombra en los días soleados y protegían del sereno al nocturnal pascanero.

Al otro lado, a mitad de la loma pelada, comenzaba el monte tupido, de plantas llenas de gajos espinudos y bejucos colgantes. En la falda de selva borrascosa, serpenteaba un riachuelo de agua fresca y cristalina, aguada que hacía del lugar un sitio requerido por los viajeros para hacer pascana en su recorrido.

- René, que había corrido ejcopeta en ristre para proteger a su abuela al llegar junto a ella notó que un tufo inconfundible salía de su tremebunda corpulencia. Asqueado exclamó:
- ¡Caramba agüe! Parece que esta vej no se le ejcaparon las ideas si no que se le chorreo todo el pensamiento. Creo que va a tener que regresar al río pa bañarse otra vej.
- ¡Jajay! ¡Qué maj te tira el cuerpo! -Respingó la mujer -aquí no hay maj me baño con el agua de la tina que ya fregó Mar tina.
- Y pasando del dicho al hecho gritó llamando a la menor de sus nietas. ¡Titaaa! ¡Traé un balde pa sacar agua 'e la tina y prepárame un baño con tutuma en la gabeta de los caballos .....! ¡Me ejcuchajte o te haj vuelto sorda de miedo, jah! ¡Titaaa



CAPITULO IV

¿ANDE EJTÁN LAJ PELADAS?

Por más que la gorda se desgañitaba llamando a la adolescente pueblerina, esta no daba señales de vida. Un sobresalto le estrujo el corazón. Desconfiada y afligida llamo.

¡Charito! ¡Te fijaste si tu hermana regresó del rio! ¡Dolores! ¿Ejta Tita con voj?

Salió la larguirucha de su escondite y sobresaltada también, dijo con mucha angustia:

-¡No! Francamente ni me percate si fue con nosotros pal río, mucho menoj si volvió pal pahuichi.

-¡Ah caray! ¡Ya me tiene con pendiente ejta mocosa! ¡Que nadie reparo en ella por Diossss..... ! — Gritó

¿Y Tina? ¿Vicente ande ejtá Tina? ¡Manuela! ¿No fue tu hermana con voj al sapocó? ¡Tiiiinaaa! —Llamó Martina, hecha un pan de Dios y a punto de sufrir un soponcio.

¡No mami! La ultima vej que la vi ejtaba con Piripi y la niña Tita antej de que aparecieran los bárbaros — contestó Manuela.

¡Ay, Dios mio! ¿No ve? Tampoco ejta Piripi —exclamo Martina. — ¡Quera Dios y la santísima Virgen que no se los aigan escabechan los clinudos!

-La boca se te haga a un lau, por mal pensada - Le retrucó su marido Vicente - deben estar escondidos por ahí. Vamos a bujcarloj.

¡Qué le iba a pelar el bellaco éste! - Protestó la gorda - ¡Perucho!, asuzále a tus bueyes pa que lleguemos mas luego a Pomiziña y así pueda calmar mis malos pensamientos.



Piripi y Jacinto montaban burros silloneros. Los demás jinetes en recias cabalgaduras ya se iban a quedar bizcos de tantas miradas tababeses que lanzaban al monte por si columbraban algún bulto amenazador.

El trequi trequi del carretón ya tenia turulatas a sus ocupantes. El buey caballo, con su paso pachorriento llevaba cabeceando del sueño a Rosaura, ni que decir de Mariquita, que ya se había dormido con la cabeza pegada a la espalda de Chaura.

-¡Oí veleta! –Llamó Palachay, sin levantar mucho la voz –Si te dormís te vas a ir poqui contra el suelo. Tené mas cuidan, che. Tomate un trago 'e narrí pa que se te quite la modorra, pero no tomes mucha pa que despuej no te den ganas de hacer chibi, que si te apeas del buey después te vas a tener que ir a pata hajta la pascana de Pesoé.

¿Ujté cree que podamoj pernoctar allá? – Preguntó Vicente –yo había pensau que maj mejor noj quedemoj en la loma de Pomiziña, ahí ej maj seguro, por si nos avanzan los bárbaros.

-¡No creo, oiga! Los bárbaros no atacan de noche comento cachazudo el flautero.

¡Con el futre no se sabe! – Replicó el capataz – El sombrero y el saco que se ha emponchan se lo robó a Don Manuel Rojas en una noche más oscura que su alma. Y lo peor es que dicen que ese indio ej peor que tigre sebau, que le gusta la carne de gente y mientras mas gorda sea, mejor pa el.

¡Ya ché! ¡Dejate de meter miedo, Mentecato 'e porra! –Respingo Sinforosa –Mejor cerrá el pico si vas a decir burreras.

¡Oí jau! –Gritó Guillermo dirigiéndose a su esposa – Alistá el tirirú que parece que a tu madre se le ejta antojando una lluvia de "ideas" blandengues, no las vaya a perfumar y no ejtamos pa perder tiempo parando el carro pa que ella se "destroce" que parece que los bárbaros nos vienen pisando los talones.

¡Y mientras buscamoj a loj muchachos!, Ujté aproveche pa bañarse de una vej - Sugirió Guillermo a su suegra.

¡Y de yapa cómase unos cuantos biscochos de maíz, comadre! – Aconsejó el capataz –Dicen que eso es gueno pa la diarrea.

¿La cura? – Preguntó esperanzada la gorda.

No, pero la espesa –Dijo Vicente, mientras salía con los demás hombres de la casa, llamando a gritos: Niña, ¡Titaaa ..... ! ¡Tinaaa ¡Piripiii ¡Dios Santo! ¿Ande ejtan las peladas?

La búsqueda se realizaba en torno a la casa. No dejaban recoveco sin husmear y los gritos no paraban. De pronto, para alivio de todos Palachay gritó:

¡Por aquí patrón! ¡Encontré a uno!

Corrieron todos detrás de la cocina y se toparon con Piripi, dormido, metido en el horno, todo encogido y embareta de ceniza.

¡Oí, soplequi el cuerno! –Reprendió Vicente -¿Acaso te creíste quiñoé pa meterte al horno, ja?

Mientras hablaba el capataz zarandeaba al muchacho y lo tironeaba de las patas sacándolo del horno. El chico despertó asustau por la inesperada sacudida, pero luego, ya despavilau, protestó.

¡Ya puej che, no me macanee tanto que ya me va a desocar!

¡Pa Qué voj mijmo puej! - Renegó su padre - ¿Qué hacías durmiendo dentro del horno como gata parida?

Si fue pa ejconderme de los barbaros. Como ustedes se atrancaron en la casa, yo no pille mas ande ejconderme y me metí de sopetón en el horno cuando lo vide al chori futre ese.

¿De que chori futre estaj hablando pelau, - Preguntó Guillermo integrado.

De un bárbaro que tenía puejto un saco de terno, como el de Ujté, y con sombrero negro, como el que usan los del cabildo pa la fiejta.

¡Me lleva el diablo! Son loj mijmos que atacaron a Manuel Rojas en Santa Ana y a Hernando Saravia en San Rafael, ese del terno es el jefe. El saco que lleva es el que le quito a Don Manuel – Exclamo el estanciero y ordeno: Vicente, lleve al muchacho con el resto de la gente y dígales que se apuren pa que salgamos antes que vuelvan los bárbaros, si son los que creo, esos son bien osaus.

¡Pero faltan las peladas! – Dijo Vicente – vos Piripi..... ¿No sabej ande ejtan laj peladaj?

-Cuando me zambullía dentro del horno, laj vi ejconderse detrás del maíz y el frejol, allá arriba, en el perchel de la cocina – Aviso el chico, mientras corría a ensillar el buey, caballo que montaría su padre para ir al pueblo.

Palachay y Perucho subieron al perchel y allí, bajo una colcha de vainas de frejol y estrechamente abrazadas, dormían Tina y Tita.

¡Mírelas don Vicente! Parecen dos angelitos – Comento Perucho.

¡Jaá! ¡Pero qué sujto se haberán llevau las pobres - Asintió el campesino - Vamoj a dejpertarlas con cuidau pa que no griten y no los atraigan a los salvajes con sus chillidoj.

-Del dicho al hecho. Cuidadosamente despertaron a las chicas y pidiéndoles chitón las llevaron a la casa. Al verlaj a todos se les volvió el alma al cuerpo.



CAPITULO V

¡QUE BARBARO AMOR!

Unos agiliviosos, otras fatiguillas, los velatacuses, todos tembleques y moqueando de miedo, y otros haciendo de tripas corazón para darles animo a la chiquillada, se dedicaron al ajetreo de los acomodos pa salir rumbeando cuanto antes pal pueblo.

¡Perucho! Acomoda bien el zurrón en la delantera pa que contrapese con mi suegra, que se va a sentar en la orilla, por si le cita su banderita – recomendó Guillermo.

¡Juh! ¡Qué lleva a pelar el con su gualaichada! - Protestó la gorda - Y lo peor ej que tiene razón. Ojala que vaya con bien y no me gane el pensamiento - Pensó en voz alta.

Bien. Ya ejtamoj listoj. Ahora si, rumbeamos pal pueblo y que Dios nos acompañe. Señores, por si aca..... lleven sus armas bala en boca. Perucho.... Voz de mando -Gritó el patrón.

¡Gía utza! – Azuzó el carretero – igi, gi!

El carretón inicio su conocido trequi trequi. La caravana partía sin la acostumbrada algarabía de otros viajes. Apeñuscadas contra las bolsas de maíz, Charito, Títa, Manuela y Tina estrujaban chasqueando los dedos de sus manos mientras, por falta de espacio, encimaban sus bien torneadas piernas, como jugando pollita ramada.

Un poco mas adelante y con las piernas colgadas fuera del carro iba Martina, Manuca, la mujer de Palachay y madre de Rosaura, Dolores y Sinforosa.

Rosaura, vestida de hombre, con su cabellera azabache recogida dentro de un sombrero 'e saó, iba montada en el buey caballo que le había cedido Vicente, por ser muy manso, llevaba en las ancas a Mariquita, mas prendida a ella que